señal de cruz, la primera que habia formado en su vida, segun se dijo.

El niño así anunciado no se asemejaba en nada al hijo de un cristiano: hallábase cubierto enteramente de pelo y se asemejaba mas á un macho cabrío que á un hombre. Reuniéronse los parientes y decidieron que no podia llevarse á la iglesia en aquel estado á aquella inmunda criatura, viendo lo cual, el padre que habia recobrado su sangre fria, llevó al monstruo á un aposento próximo, le peló perfectamente, á pesar de los gritos que daba, y se lo llevó todo sangriento á su madre. Habiendo recobrado de esta suerte figura humana el niño Mandrin, lo bautizó sin dificultad el cura de Saint-Geoirs.

Aunque habia nacido el niño antes del término, era fuerte y duró y con toda la dentadura. La madre quiso criarle, pero tuvo que renunciar á ello. Dos nodrizas llamadas sucesivamente, reusaron el pecho á este monstruo que las daba rudos bocados. Recurrióse á las vacas; la primera duró quince dias; el niño Mandrin se sirvió de tres hasta el dia en que fue posible ponerle á caldo y vianda, que devoró como un verdadero canibal.

Luis Mandrin crecia y se fortificaba, no obstante, de modo que causaba admiracion. Es robusto como el niño Mandrin, se decia en Saint-Geoirs. A los dos años, juraba el muy diablo de suerte que estremecia, con una voz ronca y tonante. A los tres años se entregaba á chanzas terribles; disparaba á diestro y siniestro las pistolas de su padre, de suerte que estuvo un dia á punto de matar á su madre Magdalena.

Mas crecido, pegaba Mandrin á todos los muchachos del pueblo. Una de sus manías era hacerles tomar por fuerza grandes dosis de tabaco: mas de uno cayó malo de sus resultas, y causó la muerte á uno de ellos segun se dijo; pero Mandrin se reia de todo y continuaba dándose el placer de ver estornudar á sus víctimas.

Sus perversos instintos se desarrollaban poco á poco. Robaba con increible sutileza de manos los botones de cobre de las chaquetas de sus camaradas; los aplastaba con un martillo, los redondeaba y los hacia pasar por ochavos. Algunas veces los frotaba con azogue que cogia del reverso del espejo de su madre Magdalena y los daba por medias pesetas.

El buen cura de Saint-Geoirs, á quien consultó la madre sobre estos hechos, quiso poner un término á tales abusos; llamó al jóven galopin, le sermoneó severamente y le dijo que le esperaba el cadalso en esta vida y el infierno en la otra, si no obraba bien. El jóven Mandrin oyó la amonestacion con sorda rabia y resolvió vengarse. Un dia, á mediodia, encontró al pobre cura en un bosquecillo próximo á Saint-Geoirs; le abrumó de injurias, le dió de golpes y le robó el bolsillo.

Entonces tenia quince años. No fue el único que predijo al mozuelo un mal fin el buen cura. Pasando un dia por Saint-Geoirs varias gitanas, les pidió la buenaventura Luis Mandrin. La mas vieja de estas hechiceras, le dijo, inspeccionándole la mano: —«Te colgarán una vez; te enrodarán dos veces.—Vé con cuidado porque vas á *finar muy mal*.»

Mandrin no se curó de la prediccion que le pareció absurda; ni aun pareció comprender los juegos de palabras de la gitana; el porvenir le reservó su esplicacion.

A esta edad de quince años, tenia una estatura ventajosa Mandrin y una fuerza poco comun: sus cabellos eran negros, sus cejas espesas, sus ojos azules, muy dulces cuando queria, terribles y foscos cuando los encendia alguna pasion violenta. Su nariz aguileza, sus facciones regulares, su ancho pecho y su aire desembarazado daban idea de cierta gracia unida al mucho vigor. Tenia lo que no tiene por lo comun un hombre basto; la pierna hermosa y la mano blanca y delicada. A todo esto, se agregaba, un grande aire de mando y un instinto de superioridad nativa que le hizo desde su edad mas jóven, el jefe natural de todos los jóvenes de Saint-Geoirs en el Delfinado.

Aconteció un dia que el padre de Mandrin fue denunciado y perseguido como monedero falso. Perseguido por la montaña, hizo fuego á la tropa y fue muerto en la refriega. Otros dicen que el padre de Mandrin fue ahorcado. La tradicion no se inquieta casi de la alternativa; porque nos representa á este hombre como un miserable que juraba, «pegaba á su mujer cuando estaba borracho, y lo estaba casi siempre, porque no bebia mas que aguardiente, pues decia que solo era moda en París beber solo agua.»

Desde entonces, el jóven Mandrin juró vengar á su padre de las tropas reales. Heredero de los talentos paternos, se ejercitó en falsificar la moneda y á alterarla.

Aquí varian las tradiciones. Hay una que quiere que Mandrin, poco contento con ejercitar sus talentos en un teatro pequeño, hiciese entonces su vuelta de Francia y viniera á París. Allí, dice la *Mandrinada*, llevó Mandrin casi la misma vida que habia llevado treinta años antes Cartouche. Frecuentó los garitos, los cafés, los teatros, robando en el juego, registrando los bolsillos, arrancando los relojes y espadas. El autor de la *Mandrinada* que parece muy animado contra los gacetilleros, quiere tambien que haya compuesto Mandrin libros, y lo pinta como un *filósofo*.

Habiendo procurado á Mandrin los libelos muy pocos escudos y muchos palos, nuestro héroe, disgustado por otra parte de las frecuentes visitas que se le hacia hacer á Bicetre, al *For l'Eveque* y á las *Petites-Maisons*, resolvió huir de una poblacion tan poco hospitalaria para las gentes de ingenio y astucia y se volvió al Delfinado.

En esto sobrevino la guerra. Mandrin sentó plaza y formó parte de las tropas que fueron á Italia, y se distinguió por su valor en las batallas de Parma y de Guastalla, dadas á los imperiales por los franceses y por los sardos. Pero habiendo el cardenal de Fleury, entonces primer ministro, hecho la paz con el Austria, volvió á pasar los Alpes el ejército francés.

Mandrin permaneció en la retaguardia, y cansado ya de mosquete, desertó, llevándose consigo á dos camaradas.

Su capitan, que habia sabido apreciar este valor

(c) 2008 Real Academia de Jurisprudencia y Legislación